

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

LA HISTORIA COMO CAMPO DE BATALLA

Traducción de
LAURA FÓLICA

ENZO TRAVERSO

LA HISTORIA COMO CAMPO DE BATALLA

Interpretar las violencias del siglo XX



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2011
Primera edición en español, 2012

Traverso, Enzo

La historia como campo de batalla : Interpretar las violencias del siglo xx . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2012.

332 p. ; 21x14 cm. - (Historia)

Traducido por: Laura Fóllica
ISBN 978-950-557-933-4

1. Investigación Histórica. I. Fóllica, Laura, trad. II. Título.
CDD 907.2

Distribución mundial

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández

Imágenes de tapa e interiores: *Trilogía del Río de la Plata*, de Marcelo Brodsky, en *Buena memoria*, Buenos Aires, La Marca, 1997.

Título original: *L'Histoire comme champ de bataille. Interpréter les violences du xx^e siècle*

ISBN de la edición original: 978-2-7071-6569-5

© 2011, Éditions La Découverte, París

El traductor ha recibido para esta obra el apoyo del Centro Nacional del Libro de Francia.

D.R. © 2012, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusto 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-933-4

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Introducción. Escribir la historia en el cambio de siglo</i>	11
Nota sobre las fuentes	32
I. <i>Fin de siglo. El siglo xx de Eric Hobsbawm</i>	35
Una tetralogía	36
Eurocentrismo	42
Comunismo	59
Barbarie	64
Larga duración	67
II. <i>Revoluciones. 1789 y 1917, después 1989.</i>	
<i>Sobre François Furet y Arno J. Mayer</i>	71
Matriz del totalitarismo	73
Furias	85
Mito e historia	101
III. <i>Fascismos. Sobre George L. Mosse,</i>	
<i>Zeev Sternhell y Emilio Gentile</i>	105
Constelaciones historiadoras	106
Cultura fascista	109
Ideología	123
¿Revolución o contrarrevolución?	129
Uso público de la historia	140
IV. <i>Nazismo. Un debate entre Martin Broszat</i>	
<i>y Saul Friedländer</i>	145
Una correspondencia	148
Historización	150
Aporías	156

Antisemitismo.....	163
Historia integrada	167
V. <i>Comparar la Shoah. Preguntas abiertas</i>	175
Comparatismo	176
Genocidio.....	178
Antisemitismo y racismo	183
Alemania nazi y España inquisitorial	192
Totalitarismo	200
La Shoah como síntesis	206
VI. <i>Biopoder. Los usos historiográficos de Michel Foucault y Giorgio Agamben</i>	209
Biopolítica e historiografía	210
El modelo foucaultiano.....	216
Biopoder y soberanía	226
Pensar el siglo XX.....	231
VII. <i>Exilio y violencia. Una hermenéutica de la distancia</i>	237
Distancia y crítica.....	237
Exilio y violencia	247
El exilio como observatorio	255
Teoría viajera	265
Exilio judío y Atlántico negro	268
VIII. <i>Europa y sus memorias. Resurgimientos y conflictos</i>	281
Historizar la memoria.....	282
Eclipse de las utopías	287
Entrada de las víctimas.....	295
Identidades europeas	296
Espacios memoriales	301
<i>Conclusión</i>	317
<i>Índice de nombres</i>	327

En memoria de Daniel Bensaid (1946-2010)

INTRODUCCIÓN

Escribir la historia en el cambio de siglo

EL AÑO 1989 no es una simple marca en el desarrollo cronológico del siglo xx. Lejos de inscribirse en la continuidad de una temporalidad lineal, indica un umbral, un *momentum*, que cierra una época para abrir una nueva. Los acontecimientos de este año crucial no se asientan en ninguna teleología histórica, pero dibujan una constelación cuyas premisas pueden descubrirse a posteriori. Si bien la intención ideológica de quienes se apresuraron en proclamar el “fin de la historia” no tardó en ser denunciada,¹ el sentimiento de una cesura histórica se impuso enseguida en todos los observadores, en especial en quienes habían vivido la Segunda Guerra Mundial. En el plano historiográfico, Hobsbawm fue el primero en constatar un cambio de siglo. Entre otros motivos, el éxito de su *Historia del siglo xx* (1994) se debe al hecho de que, con esta obra, logró poner en palabras una percepción ampliamente compartida.²

Reinhart Koselleck calificó de *Sattelzeit* (una fórmula que podría traducirse por “época bisagra” o “era de transición”) el período que va de la crisis del Antiguo Régimen a la Restauración. A lo largo de este período, el sistema dinás-

¹ Véanse especialmente Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992; Perry Anderson, “The Ends of History”, en *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, pp. 279-376 [trad. esp.: *Los fines de la historia*, Barcelona, Anagrama, 1996].

² Eric Hobsbawm, *L'Âge des extrêmes. Histoire du court xx^e siècle 1914-1991* [1994], Bruselas, Complexe, 2003 [trad. esp.: *Historia del siglo xx*, trad. de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, Barcelona, Crítica, 1995; reed. en Buenos Aires, 1998].

tico europeo fue cuestionado por una nueva forma de legitimidad y de soberanía fundada en las ideas de pueblo y nación, mientras que una sociedad de órdenes fue reemplazada por una sociedad de individuos. Las palabras cambiaron de sentido y se cristalizó una nueva definición de la historia como “colectivo singular”, que englobaba a la vez un “complejo de acontecimientos” y un relato (una ciencia histórica).³ Seguramente el concepto de *Sattelzeit* nos ayude a aprehender las transformaciones del mundo contemporáneo. Salvando las distancias, se podría arriesgar que los años comprendidos entre el final de la guerra de Vietnam (1975) y el 11 de septiembre de 2001 dibujan un vuelco, una transición al cabo de la cual el paisaje intelectual y político conoció un cambio radical, nuestro vocabulario se modificó y los antiguos parámetros fueron reemplazados. Dicho de otro modo, el cambio de siglo marcado simbólicamente por la caída del muro de Berlín constituye el *momentum* de una época de transición en la que lo antiguo y lo nuevo se mezclan. En el transcurso de este cuarto de siglo, palabras como “revolución” o “comunismo” han adquirido una significación diferente en el seno de la cultura, las mentalidades y el imaginario colectivo: en lugar de designar una aspiración o una acción emancipadora, evocan de ahora en adelante un universo totalitario. Al contrario, palabras como “mercado”, “empresa”, “capitalismo” o “individualismo” han experimen-

³ Véase Reinhart Koselleck, “Einleitung”, en Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, vol. 1, 1972, p. xv. Véase a propósito Gabriel Motzkin, “On the Notion of Historical (Dis)continuity: Reinhart Koselleck’s Construction of the *Sattelzeit*”, en *Contributions to the History of Concepts*, vol. 1, núm. 2, 2005, pp. 145-158. Sobre el surgimiento de una nueva concepción de la historia, véase Reinhart Koselleck, “Le concept d’histoire”, en *L’Expérience de l’histoire*, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Gallimard y Seuil, 1997, pp. 15-99.

tado el camino inverso: ya no califican un universo de alienación, de egoísmo o de valores aceptables únicamente si los sostiene un *ethos* ascético intramundano (el espíritu del capitalismo que animaba la burguesía protestante del siglo XIX analizada por Weber), sino los fundamentos “naturales” de las sociedades liberales posttotalitarias. El léxico empresarial ha colonizado los medios de comunicación, hasta penetrar en el universo de la investigación (confiada a equipos “competitivos”) y de las ciencias sociales (cuyos resultados ya no se miden según el rasero de los debates que suscitan, sino según la clasificación *-ranking-* establecida sobre la base de criterios puramente cuantitativos *-“indicadores de resultado”-* de una agencia de evaluación). En los dos polos temporales de este *Sattelzeit* *-me anticipo aquí a las conclusiones de este trabajo-*, nos encontramos con la utopía y la memoria, la proyección en el futuro y la mirada vuelta hacia el pasado. Por un lado, un “horizonte de expectativas” hacia el que se orientan tanto los pensamientos como las actividades; por el otro, una postura resignada y escéptica derivada del “campo de experiencia” del siglo pasado.⁴

Los años ochenta han sido el vector de este viraje. En el mundo occidental, la revolución conservadora de Reagan y Thatcher abrió el camino. En Francia, la transformación se hizo a la sombra del mitterrandismo que, tras haber desperdado grandes esperanzas, dio a luz una década marcada por el conformismo político y el descubrimiento de las virtudes del capitalismo. En Italia, el fin de los años de plomo y la derrota de las huelgas obreras en Fiat, en el otoño de 1980, crearon las condiciones para una restauración social y polí-

⁴ Véase Reinhart Koselleck, “‘Champ d’expérience’ et ‘horizon d’attente’: deux catégories historiques”, en *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1990, pp. 307-329 [trad. esp.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. de Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993].

tica que fue la cuna del berlusconismo, mientras que en España el fracaso del golpe de Tejero puso fin a una turbulenta transición hacia la democracia barriendo, junto con el franquismo, la esperanza socialista de aquellos que lo habían combatido. En China, el giro modernizador iniciado por Deng Xiaoping tras la eliminación de la “banda de los cuatro” iba a impulsar al país al centro de la economía internacional. La revolución iraní marcó el fin del tercermundismo y anunció la ola religiosa que acabó con la experiencia de los nacionalismos laicos en el mundo musulmán y que planteó un nuevo tipo de desafío al orden imperial. En América Latina, los sandinistas terminaron extinguiéndose en su aislamiento, mientras que en los países del Cono Sur la democracia regresó sobre la base de un modelo económico introducido por las dictaduras militares. Con el derrumbe del socialismo real y el desmembramiento del imperio soviético, en 1989-1990, todas estas piezas compusieron un nuevo mosaico.

Los debates sobre las guerras, las revoluciones, los fascismos y los genocidios que han atravesado la historiografía y, más generalmente, las ciencias sociales a lo largo de estas últimas décadas esbozan el perfil de una nueva aproximación al mundo contemporáneo que supera ampliamente las fronteras de la investigación histórica. Sus tensiones resultan permanentes entre el pasado y el presente, la historia y la memoria, la experticia y el uso público del pasado; sus lugares de producción no se limitan a la universidad, sino que conciernen a los medios de comunicación, en su sentido más amplio. El antitotalitarismo liberal, un humanitarismo consensual y la naturalización del orden dominante constituyen las coordenadas generales de este comienzo del siglo XXI. Los historiadores trabajan dentro de estas nuevas coordenadas políticas y “epistémicas”. La historia se escribe siempre en presente. Gran cantidad de obras históricas nos dicen mucho más de su época, al echar luz sobre su imaginario y sus representaciones, que del pasado cuyos misterios que-

rían descubrir. En su *Libro de los pasajes*, Walter Benjamin observaba que “los acontecimientos que rodean al historiador y en los que éste participa constituyen la base de su presentación, como un texto escrito con tinta invisible”.⁵ Su observación vale también para nuestro tiempo.

El punto de inflexión de 1989 ha modificado la manera de pensar y de escribir la historia del siglo xx. Entre las transformaciones generadas, me gustaría recordar aquí al menos tres que me parecen esenciales: el auge de la historia global, el retorno del acontecimiento y el surgimiento de la memoria. Estrictamente ligados, casi de manera indisoluble, estos tres momentos estructuran los diferentes capítulos de este libro, proporcionándole –eso espero– una coherencia de conjunto.

En primer lugar, la desaparición de la bipolaridad ha favorecido el nacimiento de una *historia global*. En lugar de las aproximaciones anteriores, que reducían continentes enteros a “esferas de influencia” desprovistas de una historia propia, el mundo ha sido observado a partir de nuevas perspectivas. Difícilmente, antes de 1989, se hubiera podido escribir una historia del siglo xx adoptando, a semejanza de Dan Diner, “el punto de vista periférico de un narrador virtual que, sentado en los escalones de Odessa, un lugar rico en tradición, mira hacia el Sur y hacia el Oeste”.⁶ Escribir una historia global del siglo xx no significa solamente otorgar una mayor importancia al mundo extraeuropeo en relación con la historiografía tradicional, sino sobre todo cambiar de perspectiva, multiplicar y cruzar los puntos de observación. La historia global no es ni una historia comparativa que apunta a

⁵ Walter Benjamin, *Paris, capitale du XIX^e siècle. Le livre des passages*, París, Cerf, 1989, p. 494 [trad. esp.: *Libro de los pasajes*, trad. de Luis Fernández Castañeda, Fernando Guerrero e Isidro Herrera, Madrid, Akal, 2005].

⁶ Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen. Eine universalhistorische Deutung*, Múnich, Luchterhand, 1999, p. 13.

juxtaponer relatos nacionales ni una historia de las relaciones internacionales que analiza la coexistencia y los conflictos entre Estados soberanos. Ella observa el pasado como un conjunto de interacciones, de intercambios materiales (económicos, demográficos, tecnológicos) y de transferencias culturales (lingüísticas, científicas, literarias, etc.), que estructuran las diferentes partes del mundo en un conjunto de redes (ciertamente jerarquizadas, pero también unificadoras). Estudia el papel desempeñado por las migraciones, las diásporas y los exilios tanto en los procesos económicos y políticos como en la elaboración de las ideas o en la invención de prácticas culturales nuevas. Inevitablemente, la historia global “provincializa” Europa.⁷ La categoría de “Occidente” (*West, Abendland*) también es cuestionada. Ésta evoca un “modelo de civilización transatlántica” que, al suponer una simetría entre Europa y Estados Unidos, no pertenece ni al paisaje mental del siglo XIX⁸ ni, siguiendo la tendencia, al del XXI. Esta noción, dominante después de la Gran Guerra, con la *translatio imperi* a ambos lados del Atlántico, exige ser redefinida (si no disuelta) en la era de la globalización. La historia global es un espejo de dichas transformaciones. En este libro, ella atraviesa varios capítulos, desde el primero, sobre la obra de Eric Hobsbawm, hasta aquellos en los que se aborda la comparación de los genocidios y la percepción de las violencias del siglo XX por el exilio judío y la diáspora negra.

⁷ Véase Dipesh Chakrabarty, *Provincialiser l'Europe. La pensée postcoloniale et la différence historique*, París, Amsterdam, 2009 [trad. esp.: *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, trad. de Alberto Álvarez Zapico y Araceli Maira Benítez, Barcelona, Tusquets, 2008].

⁸ Jürgen Osterhammel, *Die Verwandlung der Welt. Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*, Múnich, C. H. Beck, 2009, pp. 142-144 y 162. Para una definición del concepto de “historia global” véase, del mismo autor, “Globalgeschichte”, en Hans-Jürgen Görtz (ed.), *Geschichte*, Hamburgo, Rowohlt, 2007, pp. 592-610.

Al neutralizar el antagonismo explosivo entre Estados Unidos y la URSS, la Guerra Fría había redefinido los conflictos a escala planetaria, unas veces desarticulándolos y paralizándolos, otras integrándolos en una dimensión internacional que los trascendía y, en consecuencia, fijaba su salida. Su finalización no podía más que rehabilitar el *acontecimiento*, con su autonomía y espesor, sus enigmas y dinámicas irreductibles a cualquier causalidad determinista.⁹ Existe un paralelo impresionante entre este cambio geopolítico y el que se esboza, al mismo tiempo, en la historiografía. Con sus estratos superpuestos y sus movimientos tectónicos, la “larga duración” había reducido el acontecimiento –según las palabras de Braudel– a una “agitación de superficie”, a la “espuma” efímera de las olas que “las mareas levantan tras su poderoso movimiento”.¹⁰ Una vez disipado el prolongado efecto anestésico de la operación quirúrgica efectuada en Yalta, en 1945, sobre el cuerpo del planeta, el siglo xx apareció como la edad de rupturas repentinas, fulminantes e imprevistas. Los grandes puntos de inflexión históricos nunca se escriben con antelación. Las tendencias estructurales crean las premisas de las bifurcaciones, las crisis, los cataclismos históricos (las guerras, las revoluciones, las violencias de masas), pero no predeterminan su desarrollo ni tampoco su salida. La agitación de Europa en 1914, la Revolución Rusa, la llegada de Hitler al poder, el desmoronamiento de Francia en 1940, el derrumbe del “socialismo real” en el otoño de 1989 representan crisis y rupturas que cambiaron el curso del mundo, pero cuyo surgimiento no era para nada ineluctable. Su historia no se escribe según el

⁹ François Dosse, *Renaissance de l'événement. Un défi pour l'historien: entre sphinx et phénix*, París, Presses Universitaires de France, 2010.

¹⁰ Fernand Braudel, “Histoire et sciences sociales, la longue durée”, en *Écrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969, p. 12 [trad. esp.: *Escritos sobre historia*, trad. de Angelina Martín del Campo, México, Fondo de Cultura Económica, 1991].

modelo del *decline and fall* elaborado por Edward Gibbon para narrar la caída del Imperio romano.¹¹ Este conjunto de cuestionamientos historiográficos atraviesa los capítulos del libro dedicados al nazismo y a la comparación de los genocidios, acontecimientos que condensan varios órdenes de temporalidad. Por una parte, el carácter a la vez repentino y masivo de la Shoah que, en tres años, pulverizó una historia secular de emancipación, asimilación e integración de los judíos en el seno de las sociedades europeas pone en cuestión los paradigmas de la historia estructural. Por otra parte, el exterminio nazi, en tanto que culminación paroxística (aunque no ineluctable) de un conjunto de tendencias que se remontan al siglo XIX, y que fue acentuado por la Gran Guerra –antisemitismo, colonialismo, contrarrevolución, masacre industrial–, exige un enfoque fundado en el análisis de los tiempos largos.¹² Los investigadores se han visto entonces obligados a renovar su reflexión sobre la articulación de las temporalidades históricas.

El fin del siglo XX tomó la forma de una condensación de memorias; sus heridas se volvieron a abrir en ese momento, memoria e historia se cruzaron, y –según la elegante fórmula de Daniel Bensaïd– “las napas freáticas de la memoria colectiva” encontraron “el centelleo simbólico del acontecimiento histórico”.¹³ El tiempo estancado de la Guerra Fría cedió terreno a la eclosión de una multitud de memorias antes censuradas, ocultadas o reprimidas. Erigida en nuevo paradigma de los enfoques del mundo contemporá-

¹¹ Véase Paolo Macry, *Gli ultimo giorni. Stati che crollano nell'Europa del Novecento*, Bologna, Il Mulino, 2010.

¹² Enzo Traverso, *La Violence nazie. Une généalogie européenne*, París, La Fabrique, 2002 [trad. esp.: *La violencia nazi. Una genealogía europea*, trad. de Beatriz Horrac y Martín Dupaus, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003].

¹³ Daniel Bensaïd, *Walter Benjamin. Sentinelle messianique*, París, Les Prairies Ordinaires, 2010, p. 39.

neo, la *memoria* relega a un segundo plano la noción de *so-ciedad* que, entre los años sesenta y ochenta, parecía ocupar por completo la mesa de trabajo de los historiadores.¹⁴ La memoria, antes sólo tratada por algunos adeptos de la historia oral, adquirió de repente el estatus tanto de fuente como de objeto de investigación histórica, hasta convertirse en una suerte de etiqueta de moda, una palabra degradada, a menudo usada como sinónimo de “historia”. Los signos que anunciaban este punto de inflexión aparecieron, nuevamente, a lo largo de los años ochenta –con la publicación de *Lieux de mémoire* en Francia y de *Zajor* en Estados Unidos, el *Historikerstreit* en Alemania, el éxito internacional de un autor como Primo Levi–,¹⁵ pero fue sobre todo durante la década siguiente que la memoria se transformó en un nuevo paradigma historiográfico. No sería difícil establecer un paralelo entre las parábolas de la memoria colectiva y las líneas de orientación de las ciencias sociales. En Francia, las investigaciones sobre el pasado colonial, el régimen de Vichy, la Shoah o la historia de la inmigración siguieron, más

¹⁴ Véase Dan Diner, *Zeitenschwelle. Gegenwartsfragen an die Geschichte*, Múnich, Pantheon, 2010, pp. 151 y 152. Entre las reflexiones más interesantes sobre esta transición, véanse también Eric Hobsbawm, “Identity History is not Enough”, en *On History*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1997, pp. 266-277 [trad. esp.: *Sobre la historia*, trad. de Jordi Beltrán y Josefina Ruiz, Barcelona, Crítica, 1998]; Carlos Forcadell Álvarez, “La historia social. De la ‘clase’ a la ‘identidad’”, en Elena Hernández Sandonica y Alicia Langa (eds.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 15-36.

¹⁵ Pierre Nora (ed.), *Les Lieux de mémoire*, t. 1: *La République*, París, Gallimard, 1984; Yosef H. Yerushalmi, *Zakhor. Histoire juive et mémoire juive* [1982], París, La Découverte, 1984 [trad. esp.: *Zajor. La historia judía y la memoria judía*, trad. de Ana Castaño y Patricia Villaseñor, Barcelona y México, Anthropos y Fundación Eduardo Cohen, 2002]; *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Múnich, Piper, 1987; Primo Levi, *Les Naufragés et les Rescapés* [1986], París, Gallimard, 1989 [trad. esp.: *Los hundidos y los salvados*, trad. de Pilar Gómez Bedate, Barcelona, El Aleph, 1988].

o menos, el “trabajo de memoria” de la sociedad: si bien había unos pocos estudios durante la etapa de “represión” (los años cincuenta y sesenta), éstos se incrementaron durante la fase de anamnesis (los años setenta y ochenta) hasta llegar a invadir los estantes de las librerías cuando la obsesión por la memoria alcanzó su pico (a partir de los años noventa). Se podría hacer la misma constatación en lo que respecta a la historia del nazismo en Alemania, del franquismo en España o del fascismo en Italia. En ese sentido, Jacques Revel tiene razón en destacar que si bien la memoria –un proceso en el que convergen las conmemoraciones, la patrimonialización de los vestigios del pasado y la reformulación de las identidades de grupo– constituye “un movimiento de fondo de nuestra sociedad”, los historiadores la han “descubierto” y transformado en objeto de investigación, pero “no la han inventado”.¹⁶ El último capítulo del presente libro interroga las interferencias –no siempre fructíferas– entre historiografía y memoria engendradas en este cambio de siglo.

Construido como un balance crítico y una puesta en perspectiva de algunas controversias historiográficas que han marcado las tres últimas décadas, este libro se presenta como una intervención en el debate de las ideas. Para reconstruir el siglo transcurrido, los historiadores necesitan conceptos, y sus interpretaciones siempre participan de una confrontación de ideas. Ese trabajo hermenéutico posee una dimensión política evidente que sería ilusorio negar escondiéndose detrás del biombo de la ciencia. Reconocer que los debates historiográficos atañen a la historia intelectual no significa defender la historia de las ideas en el sentido tradicional del término, ni tampoco un posmodernismo ingenuo que concibe la historia como una simple fabricación textual. Podemos dar de baja una *history of ideas* perimida, que piensa las “ideas

¹⁶ Jacques Revel, “Le fardeau de la mémoire”, en *Un parcours critique. Douze exercices d'histoire sociale*, París, Galaade, 2006, p. 375.

fuerza" (*unit-ideas*) como constantes universales e invariables del pensamiento,¹⁷ pero no iríamos muy lejos adoptando una *history without ideas*. Algunos creen escamotear el problema recurriendo a un estilo narrativo pretendidamente neutro; otros, elaborando una sociología histórica que disuelve el pensamiento en las condiciones sociales de su producción. La sociología histórica ha captado bien la "matriz eclesiástica" de la historia de las ideas tradicional, con sus exégesis de un corpus de textos clásicos ubicados fuera del tiempo,¹⁸ pero las transformaciones que afectan la historiografía no se reducen a las metamorfosis del "campo" editorial, universitario o mediático en el interior del cual evolucionan sus actores.

En este libro querría sacar provecho de los conocimientos de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*), sobre todo, de ciertas indicaciones metodológicas de Reinhart Koselleck, un autor citado con frecuencia en el transcurso de estas páginas. Situada en el cruce de la historia de las ideas, la semántica histórica y la sociología del conocimiento, la historia de los conceptos me parece actualmente indispensable para que los historiadores tomen conciencia de las herramientas con las que trabajan, así como para deconstruir las palabras a través de las cuales se hace la historia, y sus actores la conciben y representan. Hay que saber de dónde vienen los conceptos que usamos y por qué usamos éstos y no otros. Y también hay que saber descifrar el lenguaje de los actores de la historia que son objeto de nuestras investigaciones. Inspirada en preocupaciones similares, la escuela de Cambridge de Quentin Skinner y J. G. A. Pocock nos alerta sobre un doble peligro.

¹⁷ Arthur Lovejoy, "The Historiography of Ideas", en *Essays in the History of Ideas*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1948, pp. 1-13.

¹⁸ Véase Bernard Pudal, "De l'histoire des idées politiques à l'histoire sociale des idées politiques", en Antonin Cohen, Bernard Lacroix y Philippe Riutort (eds.), *Les Formes de l'action politique*, Paris, Presses Universitaires de France, 2006, p. 186.

Por una parte, el de una lectura “esencialista” de las fuentes, a menudo consideradas como documentos intemporales susceptibles de dirigirse a nosotros como si pertenecieran a nuestra época. Por otra parte, el peligro de una contextualización histórica que nos permitiría *explicar* algunas obras, pero no *comprenderlas*.¹⁹ Para eso –destaca Skinner– hay que descubrir la verdadera intención del autor; saber a quién se dirigía y cómo podían ser recibidas sus palabras. La lectura esencialista produce contrasentidos y anacronismos históricos, como el de Karl Popper, que captaba en Platón, Hegel y Marx la matriz filosófica del totalitarismo. La contextualización socioeconómica ignora la intención de los autores, reduciendo sus textos a simples expresiones de una tendencia histórica general, como si fueran el espejo de una situación objetiva, cuyas causas materiales habría que revelar. Ahora bien, si la argumentación de Skinner presenta ventajas incuestionables –para comprender un texto, hay que conocer la intención de su autor–, parece querer apresar las ideas de una época en sus marcos lingüísticos. Si bien denuncia con razón la ilusión –a la que no duda en calificar de “mitología”– consistente en leer un texto político de la Edad Media o del Renacimiento como si hubiera sido escrito en el siglo xx, cae en una ilusión simétrica cuando asegura que el historiador puede ocupar el lugar del autor o del lector al que se dirigía originalmente su texto.²⁰

¹⁹ Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en *History and Theory*, vol. 8, núm. 1, 1969, p. 46. Sobre la escuela de Cambridge, véanse también Jean-Fabien Spitz, “Comment lire les textes politiques du passé? Le programme méthodologique de Quentin Skinner”, en *Droits*, núm. 10, 1989; John G. Pocock, “The Concept of Language and the *métier d'historien*: Some Considerations on Practice”, en Anthony Padgen (ed.), *The Languages of Political Theory in Early-Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987. Sobre este conjunto de problemáticas, véase el estudio de síntesis de Melvin Richter, *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.

²⁰ Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, *op. cit.*, pp. 48 y 49.

Al rechazar las ventajas de una mirada retrospectiva, corre el riesgo de empobrecer la hermenéutica histórica. Reconocer la distancia que separa al historiador de un texto –y, más en general, de un acontecimiento o de una época– no significa suprimirla por un movimiento regresivo que produciría una suerte de “coincidencia” entre el historiador y el autor.²¹

No hay duda de que la comprensión histórica de un texto necesita de la exploración de los lazos que lo vinculan con un contexto social, político y semántico, en el que el texto en cuestión apuntaba a responder preguntas a veces muy diferentes de las que podemos hacerle hoy. Sin embargo, sigo estando convencido de que la característica propia de los clásicos consiste precisamente en “trascender” su tiempo puesto que, en cada época, son objeto de usos y se cargan de significaciones diferentes provistas por los lectores, quienes los liberan así de su intención original. No recuso el anacronismo fecundo que conducía a Gramsci, durante los años treinta, a releer a Maquiavelo en tiempo presente, como un contemporáneo de la Revolución Rusa y del fascismo,²² pero soy consciente de la necesidad de distinguir el *uso* de los clásicos, siempre “anacrónico”, de su interpretación histórica. Por eso, mantengo ciertas reservas fundamentales respecto de la escuela de Cambridge, cuya contextualización de las ideas políticas me parece que atribuye una importancia desmedida a los marcos lingüísticos de una época. Los argumentos esgrimidos por Skinner contra la historia de las ideas tradicional –escribe con razón Ellen Meiksins-Wood– desembocan finalmente en “otro tipo de historia textual, otra historia de las

²¹ Véase Lucien Jaume, “El pensamiento en acción. Por otra historia de las ideas políticas”, en *Ayer. Revista de historia contemporánea*, núm. 53, 2004, p. 129.

²² Véase Margaret Leslie, “In Defense of Anachronism”, en *Political Studies*, xviii, núm. 4, 1970, pp. 433-447. Sobre esta cuestión, véase también Nicole Loraux, “Éloge de l’anachronisme en histoire”, en *Le Genre humain*, núm. 27, 1993, pp. 23-39.

ideas, ciertamente más sofisticada y más comprensiva que las anteriores, pero en el fondo igualmente limitada a textos desencarnados”.²³

El método de Lovejoy ha encontrado más recientemente un defensor entusiasta en Zeev Sternhell. Éste lo considera “un instrumento sin igual”, al que opone los “extravíos posmodernos” de un Skinner, culpable, a sus ojos, de rechazar el universalismo en nombre del particularismo y de caer a la vez en el antihumanismo y en el relativismo histórico.²⁴ Ahora bien, es precisamente por su crítica al universalismo abstracto subyacente a los grandes relatos históricos tradicionales (tanto marxistas como liberales) que el *linguistic turn*, con su relativismo y su reconocimiento de la multiplicidad de temas de una historia ya no concebida en términos teleológicos, ha dado sus resultados más fructíferos. Podemos sacarle provecho sin adherir necesariamente a una forma de “pantextualismo” radical. La historia intelectual participa de la historia de las sociedades: creo que esta constatación alcanza para establecer cierta distancia crítica tanto respecto de una historia platónica de las ideas (Sternhell) como de un estudio de las ideologías como puras construcciones textuales asimilables a protocolos lingüísticos históricamente determinados (Skinner). El resultado de estos enfoques será siempre, de una manera u otra, limitado. Por eso es que, si bien me apoyo en sus conocimientos, guardo cierta distancia crítica respecto de la escuela de Cambridge. Los debates historiográficos de los que me ocupó en este libro son analizados en una doble perspectiva: por un lado, los estudio

²³ Ellen Meiksins-Wood, *Citizens to Lords. A Social History of Western Political Thought from Antiquity to the Middle Ages*, Londres, Verso, 2008, p. 9 [trad. esp.: *De ciudadanos a señores feudales. Historia social del pensamiento político desde la Antigüedad a la Edad Media*, trad. de Ferran Meler Ortí, Barcelona, Paidós, 2011].

²⁴ Zeev Sternhell, *Les Anti-Lumières. Du XVIII^e siècle à la guerre froide*, París, Fayard, 2006, p. 42.

como una etapa de la historiografía en su evolución, tratando de mostrar los elementos de continuidad y de ruptura que los caracterizan en relación con una tradición anterior; por otro lado, los inscribo en las transformaciones intelectuales y políticas de este cambio de siglo.

Los trabajos reunidos en este volumen tratan de ajustarse a ciertas “reglas” que he encontrado formuladas muy claramente en Arno J. Mayer, en una contribución escrita en respuesta a sus críticas.²⁵ Aquí trataré de interpretarlas a mi manera, adaptándolas a mis exigencias. No estoy seguro de que él aceptase esta presentación, pero poco importa. En este libro no quiero exponer su método, sino el mío, si bien reconozco mi deuda hacia él. La primera regla es la de la *contextualización*, que consiste siempre en situar un acontecimiento o una idea en su época, en un marco social, en un ambiente intelectual y lingüístico, en un paisaje mental que le son propios. Luego, la del *historicismo*, es decir, la historicidad de la realidad que nos rodea, la necesidad de abordar los hechos y las ideas desde una perspectiva diacrónica que capte sus transformaciones en la duración. Este método de puesta en historia difiere tanto del “historismo” clásico (Niebuhr, Ranke y Droysen) como del historicismo positivista, hoy más expandido de lo que uno creería o de lo que querrían admitir los mismos que lo practican.²⁶ La historia no tiene un sentido que le sea propio ni que se desprenda de sí misma a través de una reconstrucción rigurosa de los hechos. Benjamin ya nos advierte sobre las trampas de una

²⁵ Arno J. Mayer, “Response”, en *French Historical Studies*, núm. 4, 2001, pp. 589 y 590.

²⁶ Para una tipología de las diferentes formas de historicismo, véase la primera parte de Georg G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Middletown, Wesleyan University Press, 1997. Una referencia útil en la materia sigue siendo Michael Löwy, *Paysages de la vérité. Introduction à une sociologie critique de la connaissance*, París, Anthropos, 1985.

escritura de la historia concebida como la narración de un tiempo lineal, “homogéneo y vacío”, que entra en empatía con los vencedores y desemboca irremediabilmente en una visión apologética del pasado. Defiendo un historicismo crítico, que ratifica con fuerza el anclaje último de la historia en su zócalo factual, a pesar de la multiplicidad de sus temas y representaciones textuales. La tercera regla es la del *comparatismo*. Comparar los acontecimientos, las épocas, los contextos, las ideas es una operación indispensable para tratar de comprenderlos. Este enfoque se vincula con el objeto mismo de la presente investigación: las violencias de una época globalizada, las grandes corrientes historiográficas, el exilio, las transferencias culturales de un país a otro, de un continente a otro. La cuarta regla es la de la *conceptualización*: para aprehender lo real, hay que capturarlo por medio de conceptos –“tipos ideales”, si se quiere– sin por ello dejar de escribir la historia en un modo narrativo; dicho de otra manera, sin olvidar jamás que la historia real no coincide con sus representaciones abstractas. Hacer coexistir la inteligencia de los conceptos con el gusto por el relato sigue siendo el mayor desafío de cualquier escritura de la historia, y esto vale también para la historia de las ideas.

Estas “reglas” no son “leyes” de producción del conocimiento histórico, sino parámetros útiles en el ejercicio de una profesión, como un método adquirido e interiorizado más que como un esquema a aplicar. Designan o forman una “operación” –escribir la historia– que sigue profundamente anclada en el presente. Siempre es desde el presente que uno se esmera en reconstruir, pensar e interpretar el pasado. Y la escritura de la historia –esto vale todavía más para la historia política– participa, aunque también sufre las restricciones, de lo que Jürgen Habermas llama su “uso público”.²⁷

²⁷ Jürgen Habermas, “De l’usage public de l’histoire”, en *Écrits politiques*, París, Flammarion, 1990, pp. 247-260 [trad. esp.: *La constelación*